Los Vencedores

La Medicina En La Selva Virgen

Horacio Quiroga

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 8992

Título: Los Vencedores
Autor: Horacio Quiroga
Etiquetas: Artículo, Crónica

Editor: Brian
Fecha de creación: 25 de julio de 2026
Fecha de modificación: 25 de julio de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

Los Vencedores

—¿U qué e que te picó?

—Un bichinho.

—¡Hágale dar inyecciones de permanganato; pero enseguida!

El peón se encogió de hombros de un modo sobrado incrédulo.

—¿El permanganato?... Eso no hace nada. Voy a ver a doña Florinda.

—¡Ah! ¿Y qué hace ella?

—Es Vencedora; vence la picadura de víbora.

Y el peón se fue. Quien lo interrogaba quiso a su vez ver maniobrar a la gran Vencedora, y fue con aquél a su casa. Allí estaba su hijo, un indiecito de ocho años, con la pierna monstruosamente hinchada, y en un alarido. La tarde anterior lo había mordido una quererеó, según informes de la víctima. La hinchazón, por lo menos, era formidable.

Una hora después llegó doña Florinda, y en pos de una desconfiada y desdeñosa ojeada al intruso caté, en quien adivinaba un incrédulo, procedió al vencimiento. La cosa era aparentemente sencilla. Se colocó en cuclillas ante el infeliz muchacho, y extendiendo el brazo hasta la mordedura, murmuró una oración. Nadie sabe en qué consiste esa oración, y acaso el Vencedor tampoco. Luego, en voz alta:

—¿U qué e que te picó?

Pausa. Al rato, el paciente :

— Un bichinho...

Otro momento de espera.

—¿U qué e que te picó?

Nueva pausa.

— Un bichinho...

* * * * * * *

—¿U qué e que te picó?

—Un bichinho...

Y así, doce o quince veces. ¡Desgraciado del mordido si dice que fue una víbora! Un bichito solamente...

Al fin la Vencedora hizo una cruz en el aire, volvió otra vez a su ininteligible conjuro, y se incorporó. Desde ese momento el chico podía darse por curado, y así lo expresaba la cara triunfal de todos.

Lo curioso es que la criatura, aunque paralítica de todo un lado por espacio de quince días, sanó. No todas las mordeduras de víbora matan, felizmente, y de aquí el influjo de los vencedores, porque si la víctima sucumbe al veneno, es porque era de morir...

Así como no todas las víboras matan, tampoco los vencedores abundan. Cada localidad tiene dos o tres, de ambos sexos, y en ningún obraje falta un Vencedor, real o aficionado. Su arte milagroso se extiende a infinitas ramas del sufrimiento corporal o económico, y así vencen tormentas, gusaneras, dolor de muelas, etc.

Cada acto de éstos tiene su liturgia especial, de la cual no es posible prescindir. Exceptúase únicamente el vencimiento de la picadura de la raya. Basta con que una persona cualquiera del sexo femenino se siente sobre el vientre de la víctima

del pescado: el pie o la mano, se deshinchará in continenti. Parece que el gremio plenario de vencedores ha transferido a la mujer su facultad milagrosa.

Pero para este solo caso. En los demás, el Vencedor interviene, sine qua non. Para vencer el ojeo provocado en una criatura de pecho por una mujer de mal carácter, el Vencedor acude antes de las 24 horas fatales después de producirse el quebranto. Hace una cruz delante del infante que gime, casi ya en agonía, y repitiendo las cruces por todos los puntos del chico, exclama:

—Tu mamita te tuvo y te crió, te pusieron quebranto. Yo te quitaré en el nombre del Espíritu Santo.

Esta vez la víctima se ha cortado con el machete, de cuyas resultas ha habido pasmo, y el pie está hinchado. El Vencedor hunde el pie enfermo en ceniza, y con un cuchillo sin punta corta por tres veces el molde que ha quedado en la ceniza, y se entabla el diálogo:

—¿U qué e que corto?

—Ingüe inflamado...

* * * * * * *

—¿U qué e que corto?

—Ingüe inflamado...

Lo que quiere decir Ingüe, acaso jamás lo sepa nadie. Así se pronuncia, por lo menos.

Ahora la enfermedad consiste en un cansancio general producido por exceso de trabajo al sol, etc., algo de lo que podría ser surmenage, y que en el bosque se llama rendidura. El Vencedor o Vencedora cose detrás del rendido un trapito, mientras conversan en voz baja:

—¿U qué e que te coso?

—La rendidura...

Al final de la costureada, que dura bastante, la Vencedora concluye:

Aquí te coso

carne rendida,

"niervo" torcido,

hueso quebrado.

La langosta raramente llega a los cultivos del bosque; pero si tiene esa veleidad, bien pronto es vencida. En tanto que el dueño del rozado mantiene tres langostas sobre un troncón, el Vencedor gira a su rededor con los brazos al aire, murmurando:

"Langosta" que vinistes

a comer el maíz

a los pobres,

yo te mando: ¡salí!

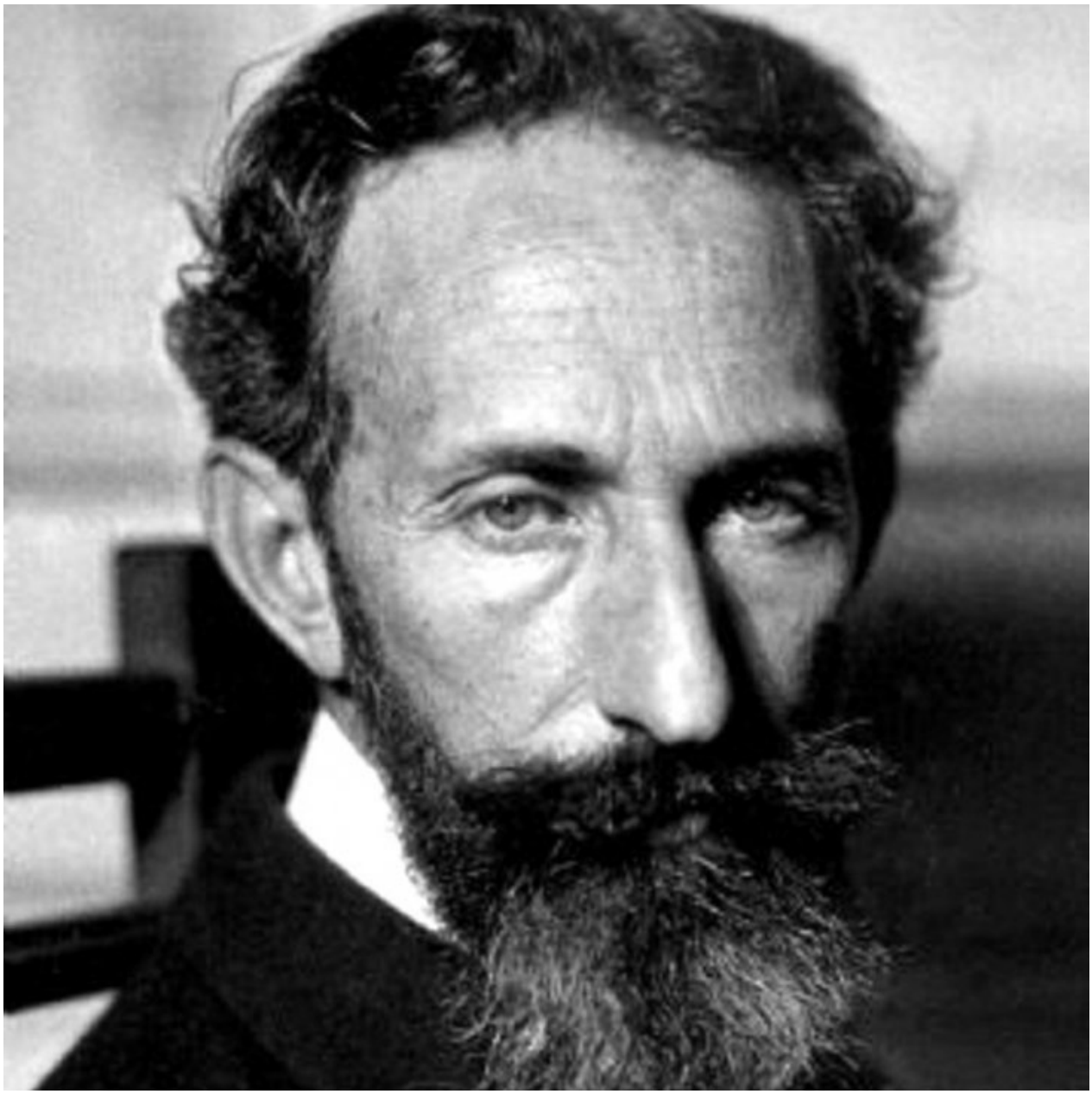
El cultivo puede ser un bananal o cualquier cosa, pero no importa; lo que es bueno para el maíz es bueno para todo.

Pero si la fuerza milagrosa del Vencedor es, como se ve, sorprendente, aquella fuerza crece hasta el milagro mismo si interviene el Divino. Esto consiste en un estandarte colorado con una paloma de cera o trapo por lanza, y que se adorna con cintas y tiras de papel trenzado. La Vencedora marcha con él por los caminos, seguida de numeroso séquito con música. Si en el rancho a que llegan hay enfermos, éstos curan de seguro. Si no los hay, no los habrá nunca. Es bien sencillo. Se obsequia a la sagrada comitiva con lo que

hubiere, y la Vencedora recibe centavos que son para el Divino, pues ella no es más que la intermediaria.

Doña Florinda, conocidísima en la región donde actúa, es la intermediaria en cuestión. Notabilísima Vencedora, ha actuado con gran éxito, y su compañera predilecta en lo del Divino es doña María, cuya fiel efigie acompaña a estas notas del bosque. Desgraciadamente Doña Florinda ha abandonado el teatro de sus hazañas por peores climas, lo que al decir de los entendidos, es su más sorprendente milagro. Como curiosidad sobre este curioso ejemplar de la vida del bosque de Misiones, cumple decir que es uruguaya, nacida en el Salto Oriental.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)